

LA GALANTERIA

Diálogo entre don Juan Tenorio y una Feminista

FEMINISTA.—¿Cómo se llama el galán?

DON JUAN.—Don Juan.

F.—¿Sin apellido notorio?

J.—Tenorio.

F.—¡Ánimas del Purgatorio!

¿Vos don Juan?

J.—¿Qué os amedrenta

cuando ante vos se presenta

muy rico, don Juan Tenorio?

F.—Eso es otra cosa; que persona de posición es siempre tenida por persona decente, siquiera tenga desdichada fama.

J.—¿Llegó mi fama á vuestros oídos?

F.—Sí. Los poetas encarnaron en la figura de don Juan el tipo de los calaveras gallardos, penderos y románticos, que simbolizaban el espíritu antiguo. De toda la familia de don Juanes tú eres

el más popular y conocido, quizás porque eres el menos real, más superficial y fanfarrón.

J.—¡Bueno me pones! jamás en labios femeninos escuché tales desprecios. Sobre todo me ofende que me creas irreal.

F.—Confieso que tienes razón. Te juzgo irreal como individuo; como síntesis de ese espíritu conquistador que llevan en sí todos los hombres, y cuanto más necios, en mayor grado sois irreprochables.

J.—Sigues ofendiéndome.

F.—¿Por qué ha de ofenderte la verdad? Confiesa con nobleza de muerto que es achaque común á los varones pensar en la conquista de toda mujer que os sonríe; sois mucho más presumidos y vanos que nosotras.

J.—En mi tiempo no discurrían las mujeres como tú.

F.—Entonces se las educaba menos, eran ignorantes y sencillas.

J.—Les encontraba mayores encantos.

F.—Desde luego que los tendrían superiores á los nuestros para los amadores de ocasión. Podías engañarlas mejor y abusar de su ingenuidad. Nosotras no servimos para amantes, sino para compañeras.

J.—Ellas eran más felices que vosotras.

F.—¿Por qué?

J.—Porque gozaban la mentira del engaño y la felicidad del padecer.

F.—¿Y te crees que no nos sucede igual á nosotras? Mujeres al fin, nuestros corazones se diferencian poco.

J.—Ellas se entregaban noblemente al sentimiento, sin reservas. Vosotras analizáis y discutís.

F.—Todo eso está bien mientras la razón domina, que cuando el sentimiento se sobrepone...

J.—Aun así, os quita el encanto de la ingenuidad.

F.—Comprendo que os gusten las ingenuas y las ignorantes. Valéis tan poco, que como no elevarais vuestro nivel moral, os encontraríais en ridículo ante las mujeres ilustradas.

J.—Nos molestan las marisabidillas.

F.—Las mujeres educadas no son marisabidillas. Poca cultura las envanece. Se comparan con las otras inferiores y se creen sabientes, pero cuando verdaderamente se instruyen conocen cuán poco saben y son dulces, modestas, comprensivas; libres de muchas maldades y pequeñeces que atribuyen á nuestro sexo y que no son producto de él, sino de la ignorancia.

J.—No negarás que sois casi incapaces de amar.

F.—Te diré. El amor es flor de la primavera de la vida; la sabiduría de su otoño. Por eso es casi imposible el anhelo de que os ame una mujer sabia, puesto que cuando llega á serlo ya se ha marchitado su corazón. Pedid sólo el amor á la juventud.

J.—¿Y si un otoño nos enamora?

F.—Hacéis mal; aunque comprendo la seducción que os lleva á él.

J.—Dices que no podéis amar, y sin embargo yo te citaría casos.

F.—No lo niego. El deseo de ser amadas no muere fácilmente en los corazones. Nos dejamos engañar engañando, quizás por el anhelo de buscar el amor y no por el amante.

J.—Soléis buscarnos.

F.—Cierto que no todas tienen el talento de saber envejecer dignamente. Cuando el amor acaba hay muchos ideales que pueden llenar nuestro corazón.

J.—No los comprendo.

F.—Porque te estás tornando un asqueroso viejo verde.

J.—Niegas á los años el derecho de amar.

F.—Todo al contrario, creo que sólo con la madurez el hombre siente el verdadero amor.

J.—Entonces...

F.—Pero el amor no es el *donjuanismo* impropio de las canas.

J.—No amáis las canas las mujeres.

F.—Sí; con verdadera adoración, cuando ciñen una cabeza venerable, una frente genial y las ostenta un hombre de corazón bondadoso. Te diré que el amor más puro lo inspiran esos seres á los que se admira.

J.—¿Y por qué niegas entonces el amor para las mujeres ancianas?

F.—Porque la mujer ama lo que admira. La ineducada, el macho que la maltrata; la culta, el genio á quien comprende; mientras que el hombre sólo se deja seducir por la belleza, y busca en el amor la satisfacción de sus goces.

J.—No te puedo desmentir, porque así amé yo siempre; pero dime: ¿qué os seduce más á vosotras, la belleza, la bondad, el talento ó la fama?

F.—Las inexpertas, las jóvenes, las que no han sufrido, se deslumbran por la belleza, la fama y hasta la fanfarronería en el hombre. Las que reflexionan aman la bondad y el talento, sin dejar de sufrir la sugestión de las otras dotes.

J.—¿Crees en el amor eterno?

F.—Como principio no. Sin embargo, suele existir cuando se soldan dos almas que se comprenden.

J.—¿Amáis á un solo hombre?

F.—Siempre. Hasta te diré que las mujeres que tienen más de un amante quizás es porque buscaban á través de él *al amado*.

J.—No te entiendo.

F.—A veces la mujer busca su ideal en hombres que no pueden realizarlo. Se aparta de ellos al convencerse de esto último, y suele sufrir un nuevo engaño.

J.—¿Tan ciegas sois?

F.—Tanto, que á veces pasamos al lado del que buscamos y no sabemos conocerlo.

J.—¿Por qué?

F.—Mil causas contribuyen á ello. Preocupacio-

nes, conveniencias... ¡Qué sé yo! Las trabas que sujetan la razón son las enemigas del amor y la felicidad.

J.—Eso mismo nos pasa á nosotros; somos polígamos por naturaleza. Como todas las cualidades adorables no existen en una sola mujer, completa nuestro tipo ideal entre varias.

F.—También nos sucede á nosotras. Padecemos una poliandria espiritual; pero entre todos los amados no amamos á ninguno, sino al tipo espiritual que forjamos.

J.—Tú hablas de espiritualidad, yo del amor en su extensión más amplia: alma y cuerpo.

F.—Así debe ser. Eres hombre, y la Naturaleza no debe quedar olvidada por completo. Sobre el amor, aspiración del alma, que era del que yo te he estado hablando hasta ahora, hay una necesidad de la Naturaleza para la conservación de la especie á la que le habéis llamado amor. Si á ese *amor* te referías, tienes razón. Los hombres debéis ser polígamos, pues no es justo que una sola mujer, atormentada por la gestación y la lactancia de los hijos, sufra todas esas brutalidades vuestras.

J.—¿Negarás que en ellas va envuelta la espiritualidad?

F.—Algo de afección espiritual, porque no podemos separar esto que llamamos espíritu y materia, y que son en realidad un *todo* armónico. Os agrada más lo más bello, lo más simpático, aunque esto mismo despierte y avive el instinto brutal. El

verdadero amor excluye esto. No hay amor más puro que el de padres é hijos, y está libre de deseos; igual sucede á los hermanos y á todos los amores grandes.

J.—¿Negarás que hay seres que se aman, á pesar de la unión carnal?

F.—Pocos son, y sólo los privilegiados que saben alzar su espíritu de la miseria del deleite para no ver en él más que un incidente mezquino.

J.—¿La voluptuosidad mata al amor?

F.—Completamente.

J.—¿Cómo explicas las que se morían por mí?

F.—Ilusas engañadas ó no satisfechas.

J.—¿El matrimonio es enemigo del amor?

F.—Del amor carnal; y como ese es el que conocen casi todos, por eso se dice que el lecho conyugal es tumba del amor.

J.—No es así.

F.—El amor de las almas unidas legalmente es el paraíso y la delicia, que no acaba jamás.

J.—¿Para qué necesitan las almas la unión legal?

F.—Para que una sociedad hipócrita no las condene y pasen por santas las adúlteras, y por pecadoras las que sienten una pasión. En realidad, esto no quita ni añade nada al sentimiento, pero da la tranquilidad. Hasta te diré que consolida el amor con el agradecimiento que nos inspira el hombre que nos hace respetadas.

J.—¿Cómo?

F.—Siendo depresiva para el mundo la unión, que no sancionan sus leyes, el hombre debe cuidar que ninguna sombra empañe la pureza de la mujer amada.

J.—¿Y si un obstáculo invencible lo impide?

F.—Entonces debe atenderse al corazón antes que á los convencionalismos. Pero entiende bien, al amor, no al capricho.

J.—¿Y podrían ser dichosos?

F.—No sé. Según el obstáculo roto para unirse. Si su amor destrozaba otros corazones, no serían felices jamás.

J.—¿Deben sacrificarse á la dicha ajena?

F.—Según cada caso.

J.—¿Han de preocuparse de las censuras?

F.—Sólo si las han merecido.

J.—En otro caso...

F.—Basta la paz de la conciencia.

J.—¿Y cuando uno de los enamorados ama y el otro deja de amar?

F.—Debemos resignarnos ó morir; pero no pensar en venganza ni en ser obstáculo á su felicidad.

J.—¿Y si nos engañó?

F.—No amando se castiga el engaño. Amando se perdona todo.

J.—Eso es teoría de ángeles.

F.—De enamorados.

J.—¿Seréis fieles al amor perdido ó muerto?

F.—Según el corazón lo ordene. Que sobre sentimiento es imposible legislar. El sentimiento es

como la loca bolilla de una ruleta; no se sabe en qué número se detiene.

J.—¿Son más constantes las frívolas ó las reflexivas?

F.—Las últimas. Que las otras, «con almendras tostadas y un espejo están contentas» y no piensan en el amor.

J.—En cambio, ellas gozan más.

F.—En los amores no, en el amor.

J.—Vosotras sois más exigentes.

F.—Por eso somos más constantes.

J.—Has dicho antes que otros ideales sustituían al amor. ¿Cuáles?

F.—En primer lugar, la amistad.

J.—Es un amor disfrazado.

F.—Pero que se despoja de impurezas y es bueno y tolerante.

J.—¿Y en segundo lugar?

F.—Muchas cosas. El arte, el estudio, el interés de la humanidad. Ancianos y ancianas pueden ocuparse en mil cosas dignas.

J.—Pero no gozarán ellos; será como un sacrificio.

F.—Nada de eso. Serán fuentes de goces puros. Nosotras no comprendemos á la mujer que cuando pierde belleza y juventud se sienta al lado del fuego á rezar el rosario y tomar pectorales como si todo hubiese terminado para ella. Hay en la tierra tantos paisajes bellos, museos, óperas, exposiciones, conferencias y congresos...

J.—¿Á todo eso vais las mujeres?

F.—Sí.

J.—Yo no conozco ya vuestro modo de ser ni vuestras costumbres.

F.—Eres un don Juan fracasado.

J.—¿No gustáis de la galantería?

F.—Ahora ya no tienen de eso los hombres. Dicen que como trabajamos y somos sus iguales, no nos deben la especial consideración que antes dabais á todas las mujeres.

J.—¿Y ha desaparecido la galantería de la tierra? ¿No es dama toda mujer y todo caballero desenvaina por servirla su espada?

F.—No. Nos disputan el sitio en todas partes. Pero no te indignes. Nos respetan más que vosotros, que mientras defendíais teatralmente á las damas, las engañabais y deprimíais. Ahora la buena educación sustituye á la galantería. Somos más respetadas porque somos más sabias, y llegaremos á tener todas nuestros derechos.

J.—¡Estaréis bonitas las mujeres con la toga y los maridos meciendo á los niños!

F.—Hablas como tu siglo. ¿Es acaso mejor que estéis emborrachándoos mientras la dama os cose los calcetines?

J.—No; pero...

F.—¿Es mejor que la mujer no pueda hablar con vosotros de nada porque su inteligencia sea como la de vuestro mozo de mulas?

J.—No; que tenéis un encanto singular en vues-

tra sabiduría. Verdaderamente comprendo que se os debe dar el lugar que os corresponde. Sólo me queda una duda. Si trabajáis vosotras, ¿abarataréis el jornal y quedará descuidada la casa?

F.—No. Ganaremos unos y otros sin que la fatiga sea para uno solo. La proporción no se alterará. Nos dignificaremos porque no nos hará prostituirnos la miseria. Sabremos educar mejor á nuestros hijos y sin abandonar el hogar seremos vuestras compañeras.

J.—¿Vais á ser todas empleadas ó artistas?

F.—Sólo las que tengan condiciones para ello. Pero todas vamos á ser ilustradas y dignas.

J.—Os masculinizareis.

F.—Esas masculinizaciones, nuestras y afemenamientos de vuestra parte son fiebres de vicio y desequilibrio que precisamente la cultura hará desaparecer.

J.—¿No os haréis licenciosas?

F.—Antes al contrario; habrá más virtud y menos hipocresía.

J.—¿Y haréis leyes?

F.—Mejores que las vuestras; que protejan á todos, que hagan desaparecer la pena de muerte, la guerra y la opresión.

J.—Utopías de mujeres. ¿No veis que son cosas necesarias?

F.—Todo el mundo está ya convencido de lo contrario.

J.—¿Y no dejaréis de ser amantes y amorosas?

F.—¿Cómo, si la Naturaleza nos hizo mujeres y madres?

J.—¿No renegaréis de la maternidad?

F.—La santificaremos en toda mujer que tenga hijos.

J.—¿Y cómo se os podrá seducir?

F.—Ya no nos seduciréis; nos tendréis que enamorar.

J.—¿Cómo? ¿Con dinero?

F.—No, que sabemos ganarlo y ser independientes.

J.—¿Con gloria, posición y fama?

F.—También sabemos ganarla nosotras.

J.—¿Con estirpe?

F.—Nos reímos de ella. En casi todos los blasones hay bastardía de lacayos.

J.—¿Con belleza y juventud?

F.—No concedemos gran importancia á dotes que no dependen de vosotros.

J.—¿Con valor y gallardía?

F.—Eso nos seduce siempre, pero no hasta para amar.

J.—¿Con talento?

F.—También lo estimamos, pero estamos familiarizadas con él.

J.—¿Con bondad?

F.—Es la condición más amable de todas.

J.—Y la que menos poseemos los enamoradores de oficio.

F.—Por eso terminó vuestro reinado.

J.—Lo veo, y no me extraña que los hombres abominen de las mujeres cultas.

F.—Has puesto el dedo en la llaga. Eso es todo lo que encierra nuestro problema.

J.—Pues por mi parte me considero vencido y me vuelvo á la tumba. Ahora es cuando don Juan Tenorio ha muerto realmente. Decidlo así, y si aun aparece el seductor imprudente en vuestro camino, no confundirlo conmigo. Será algún émulo de don Luis Mejía.
